

Poéticas

Hay escritores que no confunden su labor con un oficio. Que sobre cualquier otra consideración pretenden conservar la extrañeza ante ese primer surco que abre un verso, mantener indemne su dificultad primera: "Poetas que se escriben", que diría Karmelo C. Iribarren. A estos autores la palabra les acompaña siempre prendida en los bolsillos o percutiendo su respiración. Con el tiempo esos "álbumes con desquicios de vida columpiando" componen la ruidosa voz del doble a nuestro costado. La obra poética de Alfonso Pascal Ros (Pamplona, 1965) reproduce el diálogo íntimo y cercano con ese otro que sitúa nuestra palabra, cada uno de nuestros gestos, que en comunión se reparte nuestros humores.

*A veces una extraña sangre fría
manda lo que hago
aunque alguien diga
que la sangre no es extraña nunca.*

...
*... generaciones de sombras trashumantes
han pasado bajo mis piernas*

...
*Oigo tantas voces llamándome a distancia
Que temo que mi nombre pueda arder
En medio de los gritos*

Pascal Ros despliega un universo verbal elusivo; trazos contundentes y gruesos acotan pedazos de vida, anécdotas, biografías, episodios mínimos de muchas y variadas voces. Con ellas compone un mosaico de piezas sueltas al dictado de todos "los nosotros que nos ascienden".

"Porque la poesía es un defecto..."

Desde la metáfora extensa y dinámica de los primeros libros —donde se congregan con cierta plasticidad surreal la nómada de bestiarios cósmicos, elementos telúricos, partículas elementales, partes sueltas con las que se ensambla un hombre, con ese su pulso de lo sagrado, un dios latiendo en cada órgano—, el tono discursivo de las composiciones de Pascal Ros ha ido creciendo en contención y arquitectura, en orden expositivo, en sencilla y explícita formulación; ha ido afinando su ironía sin menoscabo de la espontaneidad de los primeros versos, siempre lejos de ornamentos y cultismos, de "la excesiva poesía en poesía".

Pascal Ros no pretende poemas perfectos; más atraído por los riesgos de un diálogo en la intimidad de sus deseos, pasiones y contradicciones que por la contemplación de eficaces arquitecturas, se aventura en una búsqueda de la belleza a través de la indagación, auscultación y atento tamizado de sus diversos estados del ánimo.

*Desprecio la palabra precisa,
Transmitida artificialmente
Y desde lejos*

Inventario de voces

La obra poética de este autor alcanza ya una veintena de títulos. Con una frescura y naturalidad no exenta de riesgos se levantan estos edificios que responden a tentativas estéticas diferentes. Diversidad e inquieta búsqueda. Desde los tonos decididamente confesionales y elegíacos de *Poeta de un tiempo imaginario* (El Paisaje, 1987), *Convite de abalorios* (UGT, Juventud, 1987) o *Supe de ti tu incertidumbre* (El Paisaje, 1990), a las construcciones biográficas de *Nocturnos sin protocolo* (Medialuna, 1991), *La quema de Van Gogh y otras visiones* (Juan Pastor editor, 1992), *Modales de los cuerpos desolados* (Ediplus, 1993) o *Un hombre ha terminado de escribir*. Contemplamos después el tierno distanciamiento en las depuradas personificaciones de *De aquellos mares, estos sueños* (Adonais, 1993); algún poema en prosa; las vertientes experimentales de *Once poemas de cosas*

Poemas del agua

Los hombres solos de Alfonso Pascal Ros

*Duro es hallarse solo
en medio de los cuerpos.*

Luis Cernuda

(separata de la revista *Archione*, 1994), donde aborda el poema conceptual, el automatismo o la poesía visual; los tonos irónicos en *Los poemas del apátrida* (El Paisaje, 1990), *Mares bajo noches* (Bilakeeta, 2000), o *Principio de Pascal*. También, los sentidos homenajes a los maestros y la decantación religiosa en *Modus faciendi* o la formulación y el aforismo en *Tirones* (Medialuna, 1991). No ha sido ajeno tampoco a incursiones en la poesía infantil, *La huerta de Ana* (Hiperión, 2004), que recoge la improvisada frescura de las canciones de corro, poemas para cantar y bailar al ritmo del arrullo de una naturaleza domesticada.

A esta inquieta exploración de tonos y voces poéticas le alienta una férrea voluntad ética. Al decir del propio autor es el humanismo el hilo conductor de esta extensa obra: "Yo no les voy a hablar de puestas de sol, la lluvia en la clepsidra o la sombra del chopo. Si fuera una piedra les hablaría de las cosas que les pasan a las piedras pero soy una persona y cuento las cosas, propias o ajenas, que les pasan a las personas". Es esta pre-ocupación por el hombre la que lo emparenta con autores como Gabriel Celaya, Blas de Otero, Cesar Vallejo o Luis Cernuda.

Bajo el ala de Luis Cernuda

De entre todos ellos es a Cernuda a quien Pascal Ros debe más; deudor de ese su diálogo en la intimidad al acecho del deseo; su palabra indolente, estrechamente vinculada a la naturaleza y la disposición de los cuerpos; la honda y declarada búsqueda de una belleza inmediata de carácter sensual y afectivo; la romántica alianza de esa búsqueda con el dolor y el conocimiento.

*No se hace un dolor grande con las manos.
Todo el cuerpo lo dibuja,
lo crece y estira
hasta hacerlo tan grade como un hombre.*
...
*Quería anochecer entre tus brazos
y despertar sabiendo.*

El mar y tú sois mis cosas.

Alfonso Pascal Ros



A todo ello se unen afinidades formales y de concepto: Las personificaciones del mar; el pesimismo acerca del poder efectivo del poema: "Leve es la parte de la vida / que como dioses rescatan los poetas", escribe Cernuda acuciado por los males de la guerra; fracaso que hace suyo Pascal Ros en los perdidos duelos del encuentro amoroso cuando afirma: "Cuánto me gustaría / rebajar a palabra / lo que no admite el pecho que se escriba". También, cuando escribe: "Todas las noches / el mar y los poetas ven lo mismo, / estrellas indiferentes".

Gárgaras

lo el estadio en que el poeta reside, sino, y ante todo, los movimientos elementales de la humanidad que se trasparenta en los demás, por los demás. Porque hay en toda la poesía de Pascal Ros una versión existencial de trascendencia, como advierte en uno de sus libros más logrados: *De aquellos mares, estos sueños*. Es bien cierto que se trasluce en buena parte de su poesía un gesto íntimo de humor, una mirada distante, pero cómplice.

De lo que un poeta sufre / muestran sus versos / la parte más pequeña, afirma Pas-

cal Ros. Es en ese libro citado donde con más acento se afirma su creencia en la poesía, su decidida fe en su quehacer lírico, su abrazo inevitable a la conjunción de sentimiento, palabra y misterio. Un poeta con esa inclinación está condenado a la confianza salvadora: *La llamada de un poeta sangra más / que todas las llamadas / que un hombre hace en la vida.*

Porque con la garganta limpia, se puede hablar con el ciego y derrumbar todas barreras a gritos transparentes. Una vez aclarada la voz. Y esa dieta no falla.

La piel de los océanos

En sus poemas son recurrentes las figuras del agua en todas sus mutaciones: lágrimas, lluvia, mares, ese páramo que no puede ser dicho en la entraña del poeta; el pulso del doble, ese nosotros ignorado hecho de muchas pieles; fracciones del cuerpo: extremidades, manos, armas blancas de los hombres condenados al abrazo; el amor, el mayor de los ingenios improbables; la escasez de la palabra para soportar un pecho; denuncia de la vida dócil, memoria del niño y su paraíso: "Os traigo la condena al origen de las sombras. / No hallaréis más". Todas esas cosas en definitiva de las que está hecha la soledad de los hombres, "su vocación de sueño".

La obra de Alfonso Pascal Ros se reconoce en las palabras de Luis Felipe Vivanco: "La poesía no es más que la piel del otro lado del alma. No de éste, en el que lloramos y reímos, envidiamos y amamos, sino del otro, al que se llega pasando por lo más hondo". Se ve en este poema:

*El mar quiso llorar al acordarse.
Recordaba cosas
que habían pasado por sus aguas.
Quería llorar como había visto
tantas veces,
como se agrandan los dolores
o como se merecen por el llanto.
El mar puso en llorar todo su empeño.
Qué difícil llorar cuando se es agua.*

Jon Obeso Ruiz de Gordoa

Félix Marañón